

El rabino:—Apresuráos, apresuráos, Salvador de Sion!

El pueblo:—Hablad en favor de Jerusalem!

El rabino:—Que la belleza y la majestad cerquen á Sion!

El pueblo:—Tornáos con clemencia hácia Jerusalem!

El rabino:—Que muy pronto el dominio real se restablezca sobre el trono de Sion!

El pueblo:—Consolad á los que lloran sobre Jerusalem!

El rabino:—Que la paz y la felicidad entren en Sion!

El pueblo:—Y que la vara del poder se eleve en Jerusalem!

El espectáculo que presenta el pueblo judío entregándose á su dolor en ese sitio, causa aquella emoci6n de pavor que acompa~a á lo extraordinario. Hace muchos siglos, hubo hombres que anunciaron á Israel las calamidades que le han aquejado mas tarde, y marcaron por decirlo así punto por punto, y con minuciosa escrupulosidad, el itinerario que habia de seguir en el camino de su desventura. Hombres fueron aquellos que leyeron en el porvenir, miraron cuanto ocultaba el futuro en sus profundos arcanos, y dijeron á la naci6n escogida:— Por esta senda marchareis al abismo. Y explorando aún el abismo con su mirada prodigiosa, pintaron con negros colores todo el horror de la suerte de la naci6n judía al través de los tiempos.

Entregado Israel á los delirios de su soberbia y de sus pasiones, mató á sus profetas, crucificó á sus sabios y persiguió á sus doctores de ciudad en ciudad; y todas estas iniquidades habian sido predichas por sus profetas, sus sabios y sus doctores. El pueblo hebreo, en sus libres evoluciones al través de la historia, no ha hecho mas que seguir el rumbo que se le ha señalado. Él ha podido leer, muchos siglos antes, la historia de su porvenir escrita por plumas misteriosas, animadas por el soplo de Dios. Pero nunca ha meditado sobre esta concordancia excepcional que hay entre los hechos de su vida y las palabras proféticas, terribles, que como la voz del trueno ha depositado el Señor en sus oidos.

Aquí está por tanto este pueblo haciendo hoy mismo un papel principal en la historia de la religion y del mundo. Ya se le considere protegido por Jehová en los tiempos bíblicos y conducido por su mano sano y salvo por en medio de los desiertos y las aguas marinas; ya maldito por Dios en castigo de su deicidio y disperso por los cuatro puntos del globo, como el polvo que se arroja al viento y sobre el cual se sopla; él ha sido y es, si se me permite la expresi6n, el protagonista en la grandiosa escena de la propagaci6n de la verdad religiosa. En los tiempos antiguos, Israel fué el santuario del monoteismo, arca cerrada y sellada donde pudo guardarse incorruptible en medio de la perdicion de las cosas humanas, toda la suma de verdad que Dios reveló al mundo. En los tiempos modernos, el pueblo judío es el testigo irrefragable de la verdad de la religion cristiana; sirve en medio de la humanidad como ejemplar terrible de las justicias del Eterno; y con su pertinacia en el crimen, no hace mas que demostrar la divinidad de las profecías que todo se lo habian anunciado. El porvenir, oculto á las miradas de las criaturas, es visible únicamente á las de Dios. Quien señala el curso de las cosas venideras, ha recibido por fuerza inspiraci6n del cielo. Las profecías, por tanto, como divinas, no pueden servir de apoyo sino á las cosas divinas. Por esta raz6n, el encadenamiento que forma la Iglesia tiene una trabazon tan sólida, desde la promesa de redenci6n hecha por Dios en el Paraíso al hombre pecador, hasta la actual situaci6n del catolicismo, que marcha por los caminos del Señor, llevando á su cabeza al sucesor de San Pedro.

¿Qué mas prueba de la divinidad del cristianismo que la desgracia del pueblo judío, que se encuentra acribillado de dolores y arrojado al abismo de todas las amarguras desde que, crucificando á Jesus en el Calvario, puso el sello á sus ingratitudes?

Jesucristo dijo: «hé aquí que vuestra casa os quedará desierta; porque yo os lo digo, vosotros no me vereis mas, sino hasta que digáis: bendito aquel que viene en nombre del Señor.» Y desde en-

tonces la tierra de los judíos está desierta, é Israel confundido entre todos los pueblos, no tiene patria ni hogar, y convierte su mirada en vuelta en llanto hácia Jerusalem que no es suya, y hácia el Templo que no existe. Los judíos vienen de regiones lejanas á llevar vida miserable en la ciudad de sus padres, donde hambrientos y despreciados, no tienen mas consuelo que llorar arrimados á unas piedras, ni mas deseo que ser enterrados en el valle de Josafat, donde yacen los cuerpos de sus mayores!

Israel dirige su mirada suplicante al porvenir, y no descubre allí ni vaga esperanza de remedio. El libertador que espera no se duele de sus angustias, ni se apresura á llegar para tornar en júbilo su tristeza. Nadie se apiada de su dolor ni procura dar alivio á sus males. Pero sus males no tienen remedio, pues esto ha dicho el Señor: «incurable es tu fractura, malísima es tu llaga. Para vendarla no hay quien juzgue tu causa: la utilidad de las medicinas no es para tí. Todos tus amadores se han olvidado de tí y no te buscarán: porque te he herido de herida de enemigo, con cruel castigo: por la muchedumbre de tu maldad se han endurecido tus pecados. ¿Por qué gritas sobre tu quebranto? Incurable es tu dolor por la muchedumbre de tu maldad, y por tus duros pecados descargué mi mano sobre tí.»

El pueblo judío es el mas antiguo del mundo, y cosa extraña, es el único que se conserva intacto al través de los siete mil años que la humanidad tiene de vida. Él ha visto á su derredor levantarse las civilizaciones y abatirse los tronos; él ha sido testigo de la grandeza y la humillacion de las otras naciones; él ha sufrido todos los cataclismos de la historia, resistiéndolos con vitalidad prodigiosa. Y llega lleno de vigor hasta nosotros, como si la adversidad lo robusteciese, y levantando su planta hácia el futuro, camina al fin de los tiempos, adonde llegará él solo cuando hayan perecido todas las razas. El Egipto lo tuvo cautivo; los asirios lo hicieron esclavo en Babilonia y lo hirieron de muerte mil veces; los romanos lo derribaron por tierra, lo ligaron, lo destrozaron y repartieron por el universo sus miembros

palpitantes; la Edad-Media lo persiguió con ferocidad, lo despojó, lo arrojó con ignominia de las naciones cristianas, lo sujetó á la tortura y lo hizo subir á los cadalsos en medio de la befa y el odio públicos. No importa: allí está todavía el pueblo judío, respirando desdichas, es cierto, pero respirando aún, despues que han perecido sus conquistadores, sus verdugos y todos sus enemigos.

Ha querido el cielo, asignando á Israel misterioso destino, que, esclavo en todas partes, se liberte de todas sus esclavitudes y deje asombrado al mundo, así por la tenacidad de su vida, como por la enérgica incontrastabilidad de su carácter. En efecto, su tipo actual es el mismo que era en Egipto, bajo la tiranía de los Faraones; el mismo que era en Babilonia cuando lloraba al borde del Eufrates: siempre se ha consolado de las desgracias que lo aquejan con una ilusion risueña que ha acariciado en su pensamiento; siempre ha tenido una esperanza que lo ha alentado para atravesar con ánimo entero las sombras del presente. Vencido y subyugado por los poderes mas grandes de la tierra, jamas ha podido espada alguna raerlo de la superficie del globo; nunca su fé ha desmayado, y es él, por la energía de su corazon y por la fuerza de su espíritu, el pueblo mas heróico que ha existido bajo las estrellas.

Israel ha dejado en dos países los monumentos mas grandiosos que nos ha legado la antigüedad y conserva el presente. Él levantó á la orilla del Nilo y á las puertas del gran Desierto, esas montañas de piedra que los siglos no han podido borrar del haz de nuestro planeta, y se llaman las Pirámides. Pobres esclavos entonces los hebreos, bajo el cetro despiadado de Faraon, formaron esas masas inmensas de granito, alimentados por sus amos en la esclavitud con cebollas y pan de centeno. Cautivos despues en Roma, bajo los emperadores, levantaron el Coliseo, ese circo enorme que presentaba sitio bastante para doscientos mil espectadores, que fué regado despues con la sangre de los mártires, y que resistiendo al ariete destructor de los bárbaros, se mantiene en pié todavía, asombrando

á las gentes y desafiando á las edades. De esta manera el mundo conserva hasta el presente señales gigantescas de las pesadas esclavitudes del pueblo judío, y aun ahora que las mira, mantiene á ese pueblo mismo esclavizado en su seno. Destino singular el de esa raza, cuya vida ha pasado en cautiverio, y que habiendo sido amada de Jehová, es maldita de Dios! —

Las naciones que han representado en el desarrollo de la historia un papel principal, no han llamado la atención de la humanidad, solo merced á una grandeza debida al acaso y falta de plan y concordancia. Las cuatro naciones que han civilizado al mundo, Egipto, Grecia, Roma é Israel, han tenido á su turno un destino particular que cumplir, y lo han cumplido.

El Egipto marcó el « hasta aquí » á los tiempos pastoriles y de las tribus nómades, organizó la sociedad en la forma que debia tener para encaminarse hácia el progreso, y tuvo la gloria de ser la primera en fabricar el gérmen de la civilización humana. Echado en medio del mundo ese gérmen, se engrandeció con cada generación nueva, y desarrollándose al través de los siglos, llegó á producir finalmente el adelanto de las sociedades modernas, que no es mas que el fruto de la semilla plantada en las riberas del Nilo.

La Grecia, hija del Egipto, se elevó por la poesía y por las artes hasta el ideal de la belleza, y endulzó las costumbres feroces del mundo antiguo; y abriendo á la humanidad las puertas de un mundo nuevo, depositó en su corazón el amor de lo espiritual y de lo grande, iluminando su sentimiento y haciéndolo subir de las miserias de la vida al idealismo de las cosas increadas. Los filósofos griegos lanzaron su mirada escudriñadora hácia los arcanos de las verdades metafísicas; fueron los primeros en indagar las causas de las cosas, en columbrar sobre el pináculo del universo, asentado el trono del Infinito, y en analizar las fuerzas del alma, las inclinaciones del apetito, los tumultos de la conciencia, y las leyes á que está sujeta la actividad de la vida en el sér inteligente y libre. El último esfuerzo de

la filosofía griega, que es como el punto de condensación de todas las virtudes de la inteligencia humana, fué el estoicismo, moral pura y sublime, pero, ensueño de paz é ilusión risueña, sin fundamento de realidad práctica.

Roma paseó sus legiones triunfantes por el mundo conocido, substituyó á las turbulencias de los gobiernos despóticos ó anárquicos de entonces el principio de autoridad, é inspirándose en la rectitud de la fiereza republicana, planteó los fundamentos del derecho sobre bases indestructibles. Estas mismas bases pulimentadas y embellecidas mas tarde por el suave influjo de la equidad, vinieron á servir de asiento al edificio de la justicia moderna. Bajo el gobierno de los Césares fueron destruidas las barreras que separaban á los pueblos, y fundidas, por decirlo así, las naciones en un solo cuerpo, el mundo conocido vino á formar todo entero el imperio romano. Así fué como el universo quedó preparado para la revolución inmensa que vino á trasformarlo. La filosofía griega habia dejado en sazón los espíritus para recibir la verdad religiosa tras la verdad filosófica, y las legiones romanas habian abierto los caminos para que esa verdad atravesase sin obstáculo las fronteras de todos los países.

Israel fué, desde el principio del mundo, escogido por Dios, para servir de depositario á las verdades reveladas. Fué el único pueblo en quien no llegaron á oscurecerse nunca las nociones genésicas, y el único tambien que sin estudio estuvo siempre en posesión del conocimiento de un Dios único. Jehová le asignó, para que la habitara, una tierra cerrada por todas partes al comercio de los demas hombres. La Palestina tiene por frontera al oriente la mar, al occidente la Arabia Desierta, al sur la Arabia Petrea y al norte las inmensas murallas del Libano. Otras naciones fueron guerreras, artistas ó comerciantes; Israel no fué hecho para la guerra, ni para las artes, ni para el comercio. Si alguna vez peleó con gloria, ó produjo monumentos soberbios, ó lanzó sus flotas al mar para traficar con Tiro, Sidon ú Ofir, fué solo en virtud de circunstancias especiales, y estos

hechos aislados no constituyen de ninguna manera su carácter distintivo.

El pueblo judío se ha distinguido por su carácter religioso, y la religión ha formado su tipo. La política, la administración, los negocios todos del Estado, se vieron pospuestos en él á las enseñanzas morales y dogmáticas. Eminentemente teocrático, vivió este pueblo para el monoteísmo; y todos los demás objetos que la sociedad puede seguir, además del religioso, entraron apenas incidentalmente en el plan de su existencia. La creencia en la unidad de Dios, conservada en Israel, fué el fuego sagrado mantenido en el mundo, á cuyo calor benéfico se encendieron las más altas ideas filosóficas, aun en los países sumidos en la idolatría. Los filósofos griegos, que enseñaron la moral más pura y anunciaron, aunque con cobardía, la existencia de un Dios único, recibieron sus inspiraciones de los libros sagrados. Las más bellas doctrinas escritas por los filósofos paganos, han sido tomadas de los libros judíos durante los viajes de los filósofos. Platon, este genio eminente y bienhechor, digno discípulo de Sócrates, dejó consignadas en su *República* la existencia de un Dios único y la de las penas y recompensas de la otra vida; y aun pareció profetizar el advenimiento de un *justo* que debía de ser martirizado por los hombres ingratos, tratado con ignominia y clavado en la cruz. Pero Platon, educado en los colegios egipcios de Heliópolis, se encontraba iniciado en la religión de los hebreos, y había tenido en sus manos sus libros.

Sócrates había conseguido elevarse muy alto en sus ideas de moral. Zenon, desertando de la escuela cínica, enseñó una doctrina nueva que reunía, á la pureza de las enseñanzas de Sócrates, la varonil independencia de los cínicos. Pero el estoicismo no recibió su postrer toque de idealismo hasta los tiempos de Epicteto y Séneca. Epicteto y Séneca vivieron en los primeros tiempos de la Era cristiana, y recibieron en sus ideas la influencia de la moral evangélica. Séneca es llamado por los padres de la iglesia *Séneca noster*, lo cual prueba que ellos le consideraban como cristiano en su doctrina.

Todo esto quiere decir que el pueblo hebreo, poseedor de la verdad moral y religiosa, la irradió, por decirlo así, al mundo, antes y después de la venida de Jesucristo. Habiendo dado principio el apostolado después de la muerte del Salvador, la humanidad se inundó en las doctrinas del Evangelio; y la verdad, que estuvo encerrada por espacio de cinco mil años en Palestina, atravesó los confines de todos los países, y, proyectando su luz sobre los espíritus, presidió la marcha de las sociedades y engendró la civilización del mundo moderno.

No hay que perder de vista que todos los adelantos conquistados en la tierra hasta este siglo, tienen origen hebreo y son importados de Palestina. Israel, por lo tanto, ha tenido que cumplir en el mundo la misión más sublime de todos los pueblos.

Recapitulando lo dicho: el Egipto sacó á la humanidad de la barbarie; la Grecia creó la filosofía y la poesía; Roma fundó la autoridad, el derecho y la unidad material del género humano. A Israel cupo en suerte venir á perfeccionar todos estos progresos y á servirles como de corolario: prosiguió la obra de civilización del Egipto; engrandeció la filosofía y poesía de la Grecia; estableció la autoridad sobre bases inamovibles; fundó el reino eterno de la justicia, y estableció la unidad del género humano, basándola sobre leyes morales, y perfeccionando con esto la obra instintiva, si se me permite la frase, del Senado de Roma.

Los judíos, aunque ciegos y desalentados desde hace diez y nueve siglos, no por esto merecen el desden de los hombres pensadores: crucificaron al Hijo de Dios; pero el Hijo de Dios era su compatriota, y de su seno salieron los apóstoles, los justos, los profetas y los patriarcas. Israel anda extraviado por los desiertos del mundo, pero Israel es el pueblo querido de Dios; Israel volverá, al cabo, al seno de su Padre, como el hijo pródigo, después de haber comido en el destierro la bellota de la desgracia. Su Padre le recibirá con rostro afable y con los brazos abiertos, lo estrechará contra su co-

razon, enjugará el llanto de sus ojos, y lo hará sentar á su lado en un asiento de honor.

§ VII

MEZQUITA DE OMAR.

Febrero 11.

M. Delestre, que como lo he dicho, traia buenas cartas de recomendacion de M. de Rémusat para los cónsules franceses de Egipto, Grecia y Siria, fué muy atendido por el cónsul frances de Jerusalem. M. Delestre consiguió por tanto, por su conducto, una autorizacion del gobernador de la ciudad, para que él y yo fuéramos admitidos en el interior de la célebre mezquita. Y no solamente esto hizo el cónsul en favor nuestro, sino que nos prestó además, segunda vez, su *kawas*, para que nos hiciera mas respetables.

En otro tiempo no era permitido á ningun infiel del mahometismo traspasar los umbrales de esta mezquita; y aquel que, demasiado ignorante ó audaz, los traspasaba, cometia desacato enorme contra la religion, y era castigado con la muerte. Para los musulmanes, esta mezquita es la mas respetada, despues de la que guarda en la Meca la tumba del Profeta; y así como se hacen peregrinaciones devotas para visitar aquella, se hacen tambien, y no menos frecuentes ni fervorosas para visitar esta.

Despues de la última guerra de Oriente, la mezquita se ha hecho accesible á los viajeros latinos; solo que es menester obtener del gobernador de Jerusalem una autorizacion que él nunca niega á los cónsules de las potencias occidentales.

Hay dias, sin embargo, en que se prohíbe el ingreso en la mezquita á todo el que no sea mahometano, y son los viérnes de todas las semanas, y el tiempo que dura el *Ramadam* ó Gran Cuaresma musulmana.

Indecible placer me causó mirar que mis deseos de visitar este cé-

lebre monumento iban á cumplirse, tanto por el interes que me inspiraba conocer el sitio donde se levantó el Templo, como por examinar de cerca aquel renombrado edificio, del que se dicen tantos prodigios. Me halagaba, sobre todo, pensar que iba á dar fé, por mis mismos ojos, de una curiosidad no vista por los viajeros mas célebres sino al través de la conjetura y del prisma de la fantasia. Chateaubriand y Lamartine no lo visitaron, porque vinieron á la Tierra-Santa en aquellos tiempos en que los turcos eran déspotas insolentes, y aborrecian todo lo que venia de Occidente. Ahora que el Occidente comienza á restituir al Oriente la civilizacion que le debe, no existe ya el fanatismo de otras épocas, y los musulmanes comienzan á mirar á los extranjeros, no como enemigos ni como perros inmundos, sino como semejantes y hermanos, separados únicamente por la distancia y los mares.

A las nueve de la mañana salimos M. Delestre y yo del hospicio franciscano, y nos dirigimos á la mezquita precedidos por el *kawas*, que venia en esta ocasion vestido de gala y marchaba erguido, haciendo sonar, como de costumbre, contra las piedras de la calle la punta de fierro de su baston gigantesco.

Atravesamos por el medio del bazar y por una angosta calle, formada hácia los dos lados por ruinas de monumentos del tiempo de los soldados de la Cruz. Torciendo por aquellos callejones estrechos, inmundos y solitarios, llegamos á una gradería que se encuentra al frente de un grande edificio. Estábamos en la mezquita. Subimos por aquella gradería y entramos en una inmensa esplanada, pasando por debajo de una de las diez puertas que le dan acceso y tiene el nombre de *Bab-el-Guwarineh*. Esta esplanada tiene quinientos metros de longitud sobre trescientos de anchura, y presenta una superficie planísima. Es el antiguo atrio del Templo, formado por la mano del hombre sobre la roca viva del monte Moria. De trecho en trecho se miran en aquella inmensa extension algunos cipreses y algunos olivos aislados y dispersos.